

en ella de la ruina. Perduraba en su ánimo, en su misma carne, un vestigio de pudor, de recato. Del modo que en los crepúsculos perdura a veces un celaje tras el naufragio del sol...

Y llegó Juan. La perdida estaba loca por el estudiante. Le gustó por hermoso y delicado. Una noche Juan apartóse con ella y pidió champaña para los dos. La requebró y a la hora de partir, la muchacha se prendió a su cuello y le cogió el sombrero. Juan, siempre sensible a las mujeres, devolvió el cumplido con una caricia. Fué el minuto redentor. Vivió con ella dos meses de lujuria y de vergüenza. Abandonó sus estudios. Llenábase el alarde rufanesco de ser «el de corazón» de la pupila más bonita. Fué el huésped cotidiano del burdel. En las calles las mujerzuelas le decían adiós con gestos descocados. Por aquel tiempo se burlaba de los que tenían novia; hízose redentorista empedernido y su desvergüenza llegó al grado de hacer la defensa sentimental de las mujeres caídas, ante el pasmo de la madre que lloraba viendo al hijo perdido y encendiendo velas a los santos...

—No soporto mas la vida en esta casa. Al verte reviví en mí la vergüenza. Desde que te conocí, siento la repulsión de esta vida arrastrada. Ya no me ocupo con nadie; pero la vieja me pega y como no le hago negocio, cada día me recarga la deuda. No me importa por mí que un día he de morirme; pero quiero estar sola contigo...

Juan sintió que la sangre se le iba por los pies ¿quería que la sacase de ahí? Adivinándole el pensamiento le dijo: —¿Cuánto debes...?

Por los ojos de la mujer pasó una llama de gozo. Con gentileza hundía el rostro entre las manos sintiéndose, azorada y, casi sin palabras le musitó:

—Es mucho... Diez mil pesos... ¿Me vas a sacar?

Juan respondió:—Sí...

Súpolo el padre, notando la sustracción de dinero en la caja y cuando un amigo, empleado de la Jefatura, le enteró de los trámites odiosos en que andaba el hijo. Juan se enfrentó al padre anonadado. Oyó el vozarrón senil soltándole palabras de ira, de dolor y de amenaza. A la mañana siguiente la voluntad paterna se compendió en una carta en que se le recomendaba a una casa de comercio de Nueva York. Con la carta había un giro para sufragar el viaje.

Y Juan se marchó. Corrieron años. Apuntó en él la madurez consciente. Viajó. Vivió y, naturalmente, olvidó a la mujerzuela que fuera causa de su odisea y después, el recuerdo de aquella pasión le sugería la imagen de algo sucio que pasó manchando la ingenua frescura de su adolescencia.

Juan volvía de su largo viaje. Mientras el tren iba acercándolo al hogar, evocaba la imagen de sus familiares, borrosa ya en su memoria por cinco años de ausencia. La barba paterna de hijo ganaría en majestad con la nieve de los años. En las pupilas de la madre anidaríanse el dolor y la nostalgia. ¿Y las hermanitas? Lucy ya sería una mujer. Carmen lo agobiaría a preguntas con los ojos henchidos de infantil asombro. Mentalmente las veía. Adivinaba sus rostros, recordando vagamente en las facciones, los rasgos incipientes que ahora habrían solidificado su belleza.

Esa grata lascitud del alma que reposa como un barco que salvó galernas y, plegando velas oreadas de soles y mordidas de huracanes, vuelve un día a la rada, quizás a no salir ya nunca... ¿Quién no aquilató bien este sosiego tras la hora inquieta en que una ráfaga nos echó fuera, nos llevó lejos... a triunfar... a fracasar... no importa a qué: siempre a sufrir; pero, en los recesos de calma, penetra muy honda esta dulzura del lar quieto y acogedor que nos espera fiel como el corazón de una mujer enamo-

rada? Eso sentía Juan tras la efusión del primer momento, tras el encuentro caluroso de abrazos, sonoro de besos y húmedos de lágrimas... Carmen, con unos ojazos de fiebre y maleficio... Lucy, con una melancolía de balada, suave tristeza de suspiro..., aquélla, era llama; ésta era céfiro...

Camino de su cuarto pensaba de este modo, cuando, al trasponer el ángulo de un corredor, una visión le congeló la sangre... Natalia! ¿Era posible? Se frotaba los ojos, creyéndose alucinado y tuvo la evidencia, siguiéndola, viéndola plenamente a la luz de un ventanal... ¡Ella! Ella misma... Con aquel lunar junto a la boca bellísima, donde su boca apagó tantas veces su lujuria. Natalia... Su vergüenza... y en su casa! ¡Qué cómica es la vida! Los círculos de la hoja en el torbellino que la arrastra! Las vueltas de la vida ante el torbellino de la muerte...! pero, ¿por qué fatalidad, por qué estúpido acuerdo de las cosas, una amante de otro tiempo, una perdida, reaparecer ahora en su vida y hasta en su propia casa, maculando la austeridad doméstica? Una onda de recuerdos asqueábale el corazón. Había quedado inmóvil en el quicio de una puerta, sintiendo que le golpeaba en las sienes un martilleo febril. Unos pasos cortáronle el sopor. Volvió los ojos y una sombra, una sombra ágil y muda, pasó casi rozándolo y envolviéndolo en un efluvio de cálida fragancia...

Se tendió en el lecho vestido. La emoción le reseca las fauces. Sentía fiebre, insomnio, asco, curiosidad... hubiera querido despertar a su madre para saber al punto las cosas. ¿Cómo vino esta mujer a su casa? ¿Qué ruela tan singular hiló la vida durante su ausencia? Natalia, Natalia... Mentalmente repetía el nombre cuyo ritmo se prolongaba hasta el infinito en la pulsación de sus arterias, mientras la imagen se le aparecía lúcida e impúdica entre las blancas imágenes de sus hermanas. La visión le obsedió toda la noche. Tuvo pesadillas y hacia la madrugada, oyendo el lejano sollozo de una marimba, una crisis de tristeza le humedeció los ojos recordando aquellas noches abyectas y procaces del lenocinio cuando, con otros señoritingos, horteras y estudiantes, pagaban la marimba a escote para bailar hasta el amanecer...

Al día siguiente meditó mucho la salida de su cuarto. Pensaba en su primer encuentro con ella ¿qué cara pondría? Una inquietud picante impulsábalo a decidir la situación. Colaboró la casualidad. Sintió pasos a su puerta. Vibró una voz dulce y cantarina:—Señor, ¿se puede? Un brazo blanquísimo emergió de entre las cortinas de la puerta con unos periódicos en la mano. Apartóse la cortina y asomó una cabeza de mujer. Ella! Fué la visión de un instante! La sorpresa le arrancó un grito mal reprimido y huyó azorada, dejando caer los periódicos al suelo.

—¿Mamá, cómo conociste a esa muchacha? ¿Cómo vino a casa?

La madre escrutaba al hijo con extrañeza.

—¿Te gusta? Bonita... ¿verdad?

Juan sintióse azorado adivinando mal interpretada su pregunta; pero ¿podría soltar la enormidad que lo intranquilizaba desde la noche del regreso? Salió del trance diciendo:

—Creo que la conozco... Recuerdo vagamente... Alguna vez la he visto... —Tal vez. Es una buena muchacha. Me ha contado una historia triste. Un hombre la abandonó por otra. Pero es tan seria y laboriosa. Cose, borda, en fin, se gana la estimación... Tus hermanas la adoran...

—Pero ¿salen con ella a la calle?

—Claro ¿no las lleva al colegio?

Otra vez el pasado venía a la memoria asqueándolo. ¡Una prostituta redimida, aya de sus hermanas y llevándolas a todas partes! Juan dejaba traslucir sus emociones. La madre mirábalo asombrada... ¿Qué te pasa? Te quedas